

rándole como asunto particular que cuando más importaba á la Francia y á la Inglaterra, pensaban naturalmente que debía arreglarse al gusto de la Inglaterra. De este modo, pues, todo se concedió á lord Castlereagh: reino de los Países Bajos, unión por casamiento de este reino y la Inglaterra, y en fin silencio de la Europa civilizada sobre la legislación de los mares.

Hechas estas concesiones, faltaba saber por quién se pronunciaría lord Castlereagh, si por aquellos que deseaban la paz ó por los que querían la guerra. Una vez satisfecho el poderoso inglés, se había vuelto un hombre muy razonable, y por ejemplo, en la cuestión de tratar ó no tratar con Napoleón se había mostrado á la vez sensato y hábil.

En el fondo esta cuestión significaba que no querían ya nada con Napoleón y que estaban resueltos á destronarle y á reemplazarle con otra dinastía. Ahora bien: lord Castlereagh tropezaba aquí con una doble dificultad relativa á la Inglaterra y al Austria. Como ya hemos dicho, durante mucho tiempo se había echado en cara á los ministros ingleses discípulos y sucesores de míster Pitt, que sostenían una guerra de dinastía contra la Francia, y ellos habían tomado tal costumbre de defenderse en el Parlamento de esta acusación, que se estaban defendiendo todavía aun cuando ya el pueblo inglés, animado por los triunfos, ni se acordaba de hacerles de eso un crimen. En cuanto al Austria, declarar de golpe al emperador Francisco que iban á París á destronar á su hija, era ponerle en un cruel apuro. Además, si la vacante del trono de Francia daba á lord Castlereagh la esperanza de ver subir á él á los Borbones, cuya restauración deseaba vivamente, también le hacía temer á Bernadotte hacia el cual parecía inclinarse mucho el emperador Alejandro, desde las relaciones que la entrevista de Abo y la cuestión de Noruega habían hecho nacer entre las cortes de Rusia y de Suecia.

Por todos estos motivos lord Castlereagh pensaba acertadamente que no se debía precipitar ninguna cosa, y se debía dejar que naciera de la situación misma el restablecimiento de los Borbones; sin querer substituir la acción de los hombres á la de los sucesos, dijo á entrambos partidos que públicamente se había ofrecido negociar á Napoleón; que negarse ahora á mandar plenipotenciarios no sólo á Manheim, lugar indicado por la Francia, sino á Chatillón, lugar escogido por los aliados, sería ponerse á los ojos de la Europa en un estado de inconsecuencia muy embarazoso, del que se hablaría mucho en Inglaterra; que era preciso, pues, negociar con Napoleón, por la dignidad de todas las potencias. Al emperador Alejandro, deseoso de llegar á París, y á los prusianos, ávidos de venganza, les dijo en particular que, obrando de ese modo, no se contraían grandes compromisos, pues al ofrecer á Napoleón las fronteras de 1790 se podía tener la certidumbre de su negativa; que, en todo caso, si aceptaba, le habrían humillado y debilitado de tal modo que los unos deberían considerarse vengados y los otros deberían tranquilizarse; que si, por el contrario, no aceptaba, entonces serían libres, y que el Austria, pronunciada también por las fronteras de 1790, tendría que rendirse y abandonar á su yerno intratable con quien no era posible ningún acuerdo; que de esta manera, sin precipitar ninguna cosa, saldría todo como deseaban, sin exponerse á ser tachados de

inconsecuencia y sin herir á la corte de Viena, cuyo concurso para aquella guerra era indispensable. Lord Castlereagh dió completa satisfacción al Austria apoyando la opinión de aquellos que querían que se tratara en Chatillón.

Dijo al emperador Francisco y á Mr. de Metternich que, aunque consideraba difícil tener con Napoleón una paz duradera, opinaba que se debían entablar con él las negociaciones; que, relativamente á las cuestiones de dinastías que pudieran elevarse en Francia, la Inglaterra no tenía ningún partido tomado, y que hasta trataba de disuadir á los Borbones que pasaran al continente; que se consagraria, pues, de buena fe á concluir la paz; pero que si Napoleón no quería aceptar lo que le ofrecían, sería preciso acabar con él, y que sin duda en ese caso, viendo vacante el trono de Francia, el Austria, guiada por su espíritu conservador y concedora ya de los méritos de Bernadotte, preferiría los Borbones á este aventurero que hacía pagar tan caros servicios que valían tan poco. En estos términos, lord Castlereagh encontró pleno asentimiento cerca del emperador Francisco y de su ministro, quienes se apresuraron á responder que por punto de honor estaban obligados á llevar adelante el ofrecimiento de tratar con Napoleón; que por dignidad debían hacerlo también, pues el emperador Francisco al cabo y al fin era padre, pero que si Napoleón se empeñaba en no oír razones, opinaban que se debía romper con él definitivamente, por grande que fuera el sacrificio que debiera hacer el padre de María Luisa; que la regencia de ésta, en nombre del rey de Roma, no les parecía una cosa formal; que Bernadotte representaba á sus ojos un capricho pasajero del emperador Alejandro, una vergüenza para todo el mundo, y que, derrocado Napoleón, sólo eran aceptables los Borbones. De este modo el acuerdo se hizo completo entre lord Castlereagh y el Austria, á quien tranquilizó también enteramente en punto á sus intereses materiales. Con efecto, el Austria temía que se pagaran sus servicios con alguna burla; como, por ejemplo, que la Rusia, para tener una mejor parte de la Polonia, no abandonara la Sajonia á la Prusia, lo que obligaría á indemnizar á la casa de Sajonia en Italia, combinación de que ya se hablaba por entonces. Otros varios temores abrigaba sobre los cuales lord Castlereagh la tranquilizó, empeñando la palabra de la Inglaterra para el buen logro de lo que ella deseaba.

Con una mezcla de razón, de astucia y de firmeza, y con una especie de sencillez totalmente inglesa, lord Castlereagh adquirió así con rapidez sobre los aliados un ascendiente considerable, para lo cual le ayudaba mucho sin duda su posición, pues habiendo llegado el último con las manos llenas de recursos entre personas divididas en opiniones é intereses, tenía todos los medios de hacer que la balanza se inclinara á su antojo: por esto todos estaban prontos á satisfacer sus deseos, pues su objeto común era atraérsele. De esta manera, con poca intriga, y obrando muy naturalmente, iba á ejercer una influencia decisiva en los destinos de la Europa.

Arregladas las cosas, como acabamos de decir, el 29 de enero, el mismo día en que se había dado la batalla de Brienne, se decidió enviar plenipotenciarios á Chatillón. Estos plenipotenciarios fueron: por el Austria

Mr. de Stadión, por la Rusia Mr. de Rasoumoffski, por la Prusia Mr. de Humboldt, y por la Inglaterra lord Aberdeen con más lord Cathcart, embajador de Inglaterra en Rusia, y sir Carlos Stewart, ministro de la misma potencia en Prusia. Se decidió que lord Castlereagh partiera igualmente á Chatillón, para juzgar por sí mismo de la marcha de las negociaciones, para dirigir las en caso de necesidad y asegurarse por sus propios ojos si aún podía esperarse alguna cosa. Se sabía que la Inglaterra estaba tan interesada en no conceder á la Francia nada más allá de sus antiguos límites, y en embarazarse de Napoleón si era posible hacerlo convenientemente, que nadie tenía recelos de ella, y por consiguiente nadie pensaba en restringir su influencia en el futuro congreso. Mr. de Metternich habría podido también ir á Chatillón, pero además de que quería estar cerca de los soberanos, no le agradaba encontrarse en presencia del negociador francés, y prefirió dejar ese triste papel á Mr. de Stadión, el cual, antiguo enemigo de la Francia, toda la molestia que podía sentir al verla maltratada era la de contener una alegría indiscreta.

Podemos decir, al cabo de medio siglo, que las condiciones que debían ofrecerse eran vergonzosas. No solamente se imponía á la Francia encerrarla en sus fronteras de 1700 (bien que no hubiera nadie que quisiera encerrarse en los límites que tenía en tal época), sino que le exigían que contestara al momento á estas proposiciones y que respondiera por un sí ó un no. Además se le prohibía mezclarse en la suerte de los países que iba á ceder; no tendría que ver nada en lo que se haría de la Polonia, de Sajonia, de Westfalia, de la Bélgica y la Italia, ni tampoco había de importarle cómo se trataría á la Baviera, Wurtemberg y la Suiza. La Francia, sin la cual jamás se había decidido de la suerte de una aldea de Europa, la Francia no debía poder emitir su opinión sobre los despojos del mundo entero que á la sazón eran suyos. ¡Seguramente Napoleón había abusado de la victoria, pero ni aun en medio del humo embriagador de Rívoli, de Austerlitz, de Jena y Friedland, había tratado así á sus vencidos, unos vencidos que estaban destrozados! Ahora bien, la Francia no estaba destrozada; sus enemigos avanzaban temblando por sus hogares, prometiéndola muchos miramientos.

Sin duda alguna había cometido faltas, ó más bien las cometió su gobierno, pero en un día las borraba todas, y si recordamos que dos meses antes las potencias la habían propuesto sus fronteras naturales con vivas instancias para obtener su aceptación; que después de vacilar un momento había dado una respuesta afirmativa y categórica que en derecho ligaba á los autores de estas proposiciones, se nos permitirá el decir que las condiciones mandadas á Chatillón eran vergonzosas. De este modo, pues, aunque el triunfo de Napoleón fuese el de un despotismo insostenible, su victoria era entonces el deseo de todas las personas de corazón á quienes no había extraviado el espíritu de partido. ¡Seguramente Napoleón nos había traído esas humillaciones, pero un culpable que defiende la patria se convierte en la patria misma!

En tanto que hacían partir á los plenipotenciarios á Chatillón, Mr. de Metternich tuvo cuidado de mandar antes á Mr. de Floret bajo el pretexto de preparar ha-

bitaciones á los numerosos diplomáticos del congreso, pero en realidad para dar á Mr. de Caulaincourt, que acababa de llegar allí, consejos llenos de franqueza y aun diríamos de prudencia, si hubiesen sido para Napoleón compatibles con su gloria. Mr. de Metternich no había contestado aún á la demanda de armisticio que Mr. de Caulaincourt le había dirigido. Esta vez se explicó sobre ese particular diciéndole que, si no había hablado de eso, era porque la proposición no tenía ninguna probabilidad de ser atendida; que él había guardado el secreto y le guardaría para impedir que se abusara; que los aliados querían la paz ó nada, la querían pronto y con las condiciones que iban á serle comunicadas; que les manifestara confianza, sobre todo á lord Aberdeen; que era preciso coger al vuelo esta ocasión de negociar; que si no la cogían no volvería á presentarse; que en caso de negativa los aliados se entregarían á ideas de trastorno á las cuales el Austria, aunque sintiéndolo, no podría resistir; que el emperador Francisco lo deploraría por su hija, pero que no por eso sería menos fiel á sus aliados, á los que le unían los intereses de la monarquía austriaca y grandes obligaciones contraídas durante la última guerra; que supliría á su yerno que lo pensara bien y se resignara á los sacrificios impuestos por las circunstancias; que el mismo emperador de Austria había tenido bastantes sacrificios que hacer y que los había hecho; y en fin, que era preciso saber someterse á la necesidad para evitar más grandes y más irreparables desgracias.

Se había prohibido á Mr. de Floret el anticiparse relativamente á las condiciones de la paz, encargándole que ni siquiera las dejara entrever. Pero los consejos que debía transmitir bastaban para indicar que no se pensaba ya más en las bases de Francfort.

Estando resuelta la cuestión política, quedaba por resolver la cuestión militar. El príncipe de Schwartzemberg, que desempeñaba en los negocios militares el papel que Mr. de Metternich en los negocios políticos, se encontraba naturalmente á la cabeza de aquellos que querían detenerse en Langres, ya para ver lo que producían las negociaciones, ya para ahorrarse los peligros de una marcha hacia París. Iban á encontrar á Napoleón que se habría reforzado aproximándose á sus recursos, tanto como ellos se habían debilitado alejándose de los suyos; debían prepararse para darle una batalla decisiva, y con un general como él y con soldados exasperados como los suyos, era esto bastante peligroso, y si no se ganaba esa batalla se perdería en un día el fruto de dos años de triunfos inesperados. A estas consideraciones se juntaban otras nacidas de la dificultad de procurarse medios de subsistencia. Con efecto, tenían que apoyarse hacia el Marne más que hacia el Sena, á causa de las tropas dejadas alrededor de las plazas, y avanzando debían encontrarse en medio de la estéril Champaña, donde se tendría vino, pero no pan, en tanto que abandonarían á Napoleón la fértil Borgoña. Esto era un motivo más para esperar el efecto de las negociaciones y la llegada de los refuerzos antes de empeñarse á fondo. Había además algunos pensamientos ocultos enteramente austriacos de los que no hablaba el príncipe Schwartzemberg, pero que tenía muy presentes. Decíase que la entrada en París, tan deseada por Alejandro, sería sin duda un triunfo para este prin-

cipe, pero no sería lo mismo para el suegro de Napoleón; y que por otra parte romper más aún el equilibrio de Europa, llevando hasta su último término los triunfos de la coalición, era romperlo en provecho de la Rusia y no ciertamente en el de Austria.

Estas razones, que algunas fueron después condenadas por el resultado, eran sin embargo de gran peso. Pero en tanto que las discutían se recibió de improviso la noticia de que Blücher, obligado á dejar á retaguardia más de la mitad de sus tropas entre Maguncia y Metz, había ido á colocarse delante del ejército de Schwartzberg, saliendo al encuentro de Napoleón con la más pequeña parte de sus tropas. En vista de esto, toda deliberación era inútil, y urgía acudir en socorro del temerario general del ejército prusiano, dejando para después las discusiones de lo que se haría ulteriormente. Con efecto, el 30 de enero, al día siguiente del combate de Brienne, el príncipe de Schwartzberg puso en movimiento todos sus cuerpos sobre una y otra orilla del Aube. Blücher se había retirado un poco detrás de la Rothiere sobre las cuestras cubiertas de bosques de Tranes. El príncipe de Schwartzberg colocó detrás de sí los cuerpos del general Giulay y del príncipe de Wurtemberg, que, persiguiendo al mariscal Mortier, se habían detenido en Bar del Aube; dirigió su izquierda compuesta de todas las reservas austriacas, y secundado por el príncipe de Colloredo, hacia Vandœuvre á la izquierda del Aube, á fin de amenazar el flanco derecho de Napoleón, y de contener al general Mortier; llevó á su derecha compuesta de bávaros á Eclance, un poco más allá de Tranes, y envió la orden á Vittgenstein, que había llegado ya á Saint-Dizier, de que avanzara á toda prisa hasta Soulaines. El cuerpo de York, que había sido dejado delante de Metz, recibió igualmente orden de pasar á Saint-Dizier. Por fin en el centro, donde ya el príncipe de Wurtemberg y el general Giulay habían reforzado á Blücher, dispuso un último refuerzo con las guardias rusa y prusiana.

El conjunto de fuerzas era inmenso, pues Blücher, después del combate de Brienne, conservaba veintiocho mil hombres, contando Sacken, Olsouvieff y Pahlen; el general Giulay y el príncipe de Wurtemberg le llevaban un socorro de veinticinco mil hombres, y otro tanto se suponía por una parte al mariscal de Wrede y por otra al príncipe Colloredo; las guardias rusa y prusiana ascendían á treinta mil hombres, el cuerpo de Vittgenstein á diez y ocho mil, y á quince mil el del general de York. El total era por consiguiente de ciento setenta mil hombres, de los cuales más de cien mil estaban concentrados alrededor de la Rothiere. Ahora bien: estaban viendo á Napoleón enfrente de ellos con un ala sobre el Aube y otra hacia la cuesta de Ajou, y por toda defensa en el centro la aldea de la Rothiere; pero ¿qué tropas tenía en esta posición? Treinta mil hombres, á juzgar por el combate del 29 de enero, y quizá unos cuarenta y cinco mil hombres si Mortier, que estaba en Troyes, había podido reunirse á él.

Era, pues, la ocasión más propicia para caer sobre él, antes que fuese reforzado, y desbaratarlo con los ciento setenta mil hombres que se tenían en el espacio de algunas leguas, y de los cuales cien mil estaban ya reunidos en la llanura de la Rothiere. Estas razones decisivas pusieron fin á las discusiones anteriores y se re-

solvió dar la batalla. Además entre Chaumont y Bar del Aube no se podía vivir, era preciso avanzar ó retirarse, y no conviniendo á nadie la retirada, la batalla, condición de todo movimiento adelante, era inevitable. Únicamente al notar la audacia de Napoleón, al observar sus movimientos, miraron como posible que él tomara la iniciativa y quisieron dejársela, pues se encontraban sobre las mesetas cubiertas de monte de Tranes y de Eclance, y el esperarle allí era ya una ventaja.

Todo el día 31 de enero se pasó esperando, mas habiendo seguido inmóvil Napoleón, el 1.º de febrero decidieron marchar contra él por la llanura de la Rothiere. Había que atravesar bastante terreno; los cuerpos estaban aún bastante lejanos unos de otros, los caminos húmedos y poco practicables, á pesar de que había hecho frío, y por todos estos motivos la batalla no podía empezar temprano. El mariscal Blücher hizo doblar los tiros de su artillería para acelerar el paso, pero esta precaución le obligó á dejar á retaguardia la mitad de sus cañones. Empleó toda la mañana en pasar de Tranes á la Rothiere. El plan convenido era el siguiente:

El mariscal Blücher con Sacken, Olsouvieff, Scherbatow y Pahlen, debía llegar á la Rothiere y tomarla, lo que le parecía muy fácil, pues no tenía más obstáculo que vencer que una aldea situada en medio de una llanura casi igual que se elevaba en una cuesta insensible. Durante este tiempo el general Giulay debía ir hacia Dieuville para tomar el puente del Aube donde Napoleón apoyaba su derecha, en tanto que el príncipe de Wurtemberg, obrando hacia el lado opuesto á través de los bosques de Eclance, debía tomar la Giberie y Chaumenil, pequeñas aldeas en comunicación con el bosque de Ajou donde Napoleón tenía su izquierda. En fin, el mariscal de Wrede debía atajar esta izquierda formada por el mariscal Marmont. Para esto era preciso que se metiera por un emboscado y fangoso arroyuelo que pasa por el pie de la aldea de Morvilliers, que lo atravesara, tomara Morvilliers y pasara en seguida por una llanura descubierta y honda á cuya vista está el bosque de Ajou. Detrás de estos setenta mil hombres que iban á empeñarse de esta suerte, las guardias rusa y prusiana debían marchar en reserva, lo que elevaba á cien mil el número de combatientes. Por fin, en las dos extremidades de esa línea de batalla, Colloredo que estaba á la izquierda del Aube, y Vittgenstein y de York que atravesaban la selva de Soulaines, ejecutando un doble movimiento circular, debían envolver á Napoleón con setenta mil hombres repartidos sobre las dos alas. ¿Qué probabilidad había de que se escapara aun cuando tuviese treinta, cuarenta y aun cincuenta mil combatientes?

Esta era la opinión que se hacían los aliados de la situación del ejército francés. La situación era sin duda tan peligrosa cuando menos como ellos la suponían. Napoleón no tenía cincuenta mil combatientes ni cuarenta mil contra los ciento setenta mil hombres de la coalición, sino treinta y dos mil á lo sumo. ¡Tenía es verdad una posición admirable, su genio y la adhesión de todos sus soldados! Vamos á ver el partido que supo sacar de todos estos recursos.

Desde por la mañana había notado un gran movimiento entre las tropas de Blücher, y sabiendo que el príncipe Colloredo había aparecido del otro lado del Aube hacia Vandœuvre, se inclinaba á dejar las már-

genes de ese río y á replegarse hacia Troyes, para reunirse con Mortier y hacer frente á la masa de los aliados que parecía tomaban ese camino, cuando á mediodía supo por algunos desertores y por las disposiciones evidentes del enemigo que iba á ser atacado frente á la Rothiere. Desde entonces retirarse no estaba en su carácter ni en sus cálculos. Resolvió hacer frente á la tempestad y recibir con vigor el ataque que se anunciaba, salvo á retirarse después cuando hubiera resistido lo bastante para no parecer ni amedrentado ni vencido.

Napoleón tenía, como ya hemos dicho, apoyada su derecha hacia el Aube en Dieuville, donde se encontraban al mando del general Gerard la división Dufour (primera de reserva) y la división Ricard destacada del cuerpo de Marmont. Tenía su centro formado de las tropas del mariscal Víctor en la Rothiere, cortando la carretera y extendiéndose hacia la Giberie; su izquierda la tenía delante del bosque de Ajou protegido por el arroyo y pueblo de Morvilliers. Esta izquierda, compuesta del cuerpo de Marmont que estaba en este momento reducido á la división de Lagrange, no contaba más de cuatro mil hombres, pero poseía muchos cañones que el mariscal Marmont había dispuesto admirablemente para que contuvieran á los bávaros cuando atacaran el arroyo y la aldea de Morvilliers. En fin, con dos divisiones de la joven guardia, toda la caballería y una numerosa artillería, Napoleón se mantenía en reserva detrás de la Rothiere, un poco á la izquierda para poder socorrer á Marmont ó á Víctor. Según la lista pasada aquella mañana, se puede asegurar que no contaba más de treinta y dos mil hombres.

El fuego no se rompió hasta las dos de la tarde. Blücher, después de haber atravesado con dificultad el espacio que le separaba de nuestras posiciones, avanzó hacia la Rothiere en dos fuertes columnas, una compuesta de las tropas de Sacken y la otra de las de Olsouvieff y de Scherbatow. Un vivo cañoneo se empeñó por una y otra parte, pero como nosotros teníamos mucha artillería las ventajas no fueron para los rusos, que en aquel día mandaba Blücher. Éste quiso obrar más seriamente y avanzó sus masas de infantería hacia las primeras casas de la Rothiere. Esta aldea estaba ocupada por la división Duhesme del cuerpo del mariscal Víctor. Nuestros jóvenes soldados, bien resguardados en las casas y en las huertas con barricadas en todas las salidas, respondieron con un fuego terrible á los ataques de los soldados de Blücher y consiguieron detenerlos. El mariscal Víctor, abatido á su salida de Estrasburgo, había encontrado toda la energía de la juventud en tan críticos momentos, y se veía siempre en lo más fuerte del peligro dando el ejemplo á sus soldados que le secundaban noblemente.

En tanto que en el centro Blücher luchaba contra este obstáculo, el general Giulay, habiendo desfilado por detrás para avanzar hacia Dieuville, encontró allí nuestra ala derecha establecida delante de esa aldea y en las márgenes del Aube. El general Gerard había dispuesto una parte de sus tropas en el interior de la aldea y otra en la llanura en comunicación con la Rothiere y bajo la protección de un gran número de cañones. El general Giulay, acogido desde luego como Blücher por un vivo cañoneo, no fué tampoco más afortunado y en vano quiso asaltar la aldea, pues perdió

muchísima gente sin poderlo conseguir. Con el fin de tener más probabilidades de éxito atacando á Dieuville por los dos lados del Aube, hizo avanzar la brigada de Fresnel hacia la orilla izquierda de este río por el puente de Unienville, situado un poco más arriba. Esta brigada, después de haber atravesado el Aube y de haber llegado delante de Dieuville, encontró el puente defendido por barricadas y recibió el fuego de fusilería de una multitud de tiradores emboscados en la orilla del río. Lo único que pudo hacer fué tomar posición en la cima de un ribazo opuesto á Dieuville y tirar con su artillería por encima del Aube. La división Dufour, colocada en la otra orilla, sostuvo este fuego con sangre fría y respondiendo con otro no menos mortífero.

Tanto en nuestra derecha como en el centro los aliados habían encontrado una obstinada resistencia. Á nuestra izquierda, el príncipe real de Wurtemberg, después de haber atravesado los bosques de Eclance, había intentado apoderarse del lugarillo de la Giberie, que flanqueaba la Rothiere y se liga con el bosque de Ajou ocupado por Marmont. Encontrábase allí un destacamento del mariscal Víctor que, vencido por la fuerza numérica, se vió obligado á abandonar el lugarillo. Pero el mariscal Víctor, poniéndose á la cabeza de una de sus brigadas, volvió á tomarlo y rechazó muy lejos á los wurtembergueses. En fin, al extremo de este campo de batalla donde la línea de los aliados se inclinaba en rededor de nuestro flanco izquierdo, los bávaros, después de haber salido de la selva de Soulaines y de haberse desplegado á lo largo del arroyo de Morvilliers, habían sido detenidos por el mariscal Marmont que había dispuesto perfectamente su artillería, de la que hacía un uso formidable.

Así, después de dos horas de un fuego terrible de artillería y de fusilería el enemigo no había ganado terreno por ninguna parte. Sin embargo, no podía resignarse á ser contenido por un ejército que le parecía de unos cuarenta mil hombres á lo más, siendo así que ellos tenían unos cien mil sin contar sus dos alas extremas.

Hacia las cuatro de la tarde intentó, pues, un esfuerzo decisivo. Blücher, á cuya retaguardia habían ido á colocarse las guardias rusa y prusiana, marchó, espada en mano, hacia la Rothiere en tanto que, por la apremiante demanda del príncipe de Wurtemberg, el emperador Alejandro envió una brigada de sus guardias para socorrer á este príncipe en el ataque de la Giberie. La acción entonces fué terrible. Las columnas de Sacken entraron en la Rothiere, fueron rechazadas y después entraron de nuevo, teniendo que habérselas solamente con la división Duhesme, que constaba á lo más de cinco mil hombres. Esta división, conducida por el mariscal Víctor en persona, no abandonó su puesto sino cuando estaba medio destruída. Durante este tiempo, la caballería de la guardia, para llenar el espacio comprendido desde la Rothiere á la Giberie, seguida de su artillería montada, cayó sobre la caballería de Pahlen y de Wasilsikoff, y la arrojó destrozada sobre la artillería de Scherbatow. Pero contenida por la infantería rusa y cargada de flanco por un cuerpo de dragones, perdió en esta refriega una parte de sus cañones que no tuvo tiempo de recoger. El príncipe de Wurtemberg, sostenido por los guardias rusos, penetró en la Giberie, y por su parte los bávaros, avergonzados de verse deteni-

dos por el corto número de los soldados de Marmont, atravesaron el arroyo que les servía de obstáculo, tomaron el pueblo de Morvilliers y desembocaron en la llanura que se extiende á la falda del bosque de Ajou, á fin de desembarazarse de nuestra artillería que les causaba grandes estragos.

El momento era crítico, y Napoleón, que no había cesado de ordenar todos los movimientos bajo una granizada de proyectiles, resolvió, aunque ya era de noche, no dejar tantas ventajas á sus enemigos. Conociendo que una retirada con honor y con seguridad no era posible sino intimidando al enemigo, lanzó de repente las dos divisiones de la joven guardia, que eran su último recurso, hacia los dos puntos principales. Envió hacia la Rothiere á la división Rothenbourg, bajo el mando del mariscal Oudinot, con orden de arrollarlo todo, y él en persona dirigió hacia la izquierda la división Meunier entre Marmont, que se había replegado hacia Chaumenil, y Víctor, que había perdido la Giberie. Estas jóvenes tropas, conducidas por Napoleón y Oudinot, marcharon con el arrojo de la desesperación. La división Meunier, colocada entre Chaumenil y la Giberie, detuvo de repente los progresos de los bávaros y wurtembergueses. Oudinot, á la cabeza de la infantería de Rothenbourg, se desplegó sin cesar ante un fuego espantoso, hizo que se replegaran las masas enemigas, y consiguió además quitarles la Rothiere. La noche había cerrado ya; se combatía cuerpo á cuerpo en el interior del pueblo, y á las diez, cuando el enemigo no podía molestar ya nuestra retirada, el heroico Oudinot se replegó de la Rothiere hacia Brienne. Nuestro movimiento retrógrado se ejecutó en buen orden, protegido por las divisiones de la joven guardia y por los dragones de Milhaud que, cargando y siendo cargados sucesivamente, ocuparon el terreno, aunque perdiendo allí la artillería que les era imposible llevar. Relativamente á nuestra infantería, teníamos demasiada artillería para poder protegerla, y después de haberla empleado con tanto éxito, la abandonaron contentándose con salvar los artilleros y caballos. Por lo demás, en tanto que el centro compuesto de la guardia, de la caballería y de los restos de Víctor, se retiraba sin ninguna pérdida, la izquierda al mando de Marmont se alejaba del mismo modo por el bosque de Ajou, y la derecha, á las órdenes de Gerard, que se había mostrado invencible en Dieuville, se replegaba sin descalabro alguno á lo largo del Aube después de haber causado grandes descalabros al enemigo.

Así terminó esa terrible jornada, donde la resistencia de treinta y dos mil hombres contra ciento setenta mil, de los cuales cien mil tomaron parte, fué un verdadero fenómeno de guerra. Esta resistencia se debió á la habilidad y energía del general Gerard, al buen empleo que el mariscal Marmont había hecho de su artillería, al heroísmo de los mariscales Oudinot y Víctor, y sobre todo á la tenacidad de Napoleón, que, sin su carácter de hierro, habría sido precipitado al Aube. Su resistencia debía hacer reflexionar al enemigo y salvaba en aquel momento su situación. Napoleón perdió entre muertos y heridos sobre cinco mil hombres y puso fuera de combate á los aliados de ocho á nueve mil, gracias á la ventaja de nuestras posiciones y al buen empleo de la artillería, diferencia que era sin duda una satisfacción,

pero que era en suma un escaso triunfo militar, pues las pérdidas más insignificantes eran para nosotros mucho más sensibles que las pérdidas más considerables podían ser para la coalición. En la artillería perdimos unos cincuenta cañones, pero casi sin perder artilleros ni caballos (1), lo que prueba que fueron más bien piezas abandonadas que conquistadas por el enemigo. Napoleón no había dado esta batalla tan desproporcionada más que con el objeto de cubrir su retirada: en la noche pasó sin confusión el puente de Lesmont y llegó á Troyes en buen orden. Como necesitaba toda la noche para el desfile, y podía ser atacado por el enemigo al despuntar el día, dejó el cuerpo de Marmont, que sólo se componía de la división de Lagrange, hacia la derecha del Aube y la altura de Perthes, á fin de persuadir á Blücher que el ejército francés entero estaba allí pronto á combatir de nuevo. Este cuerpo no corría mucho peligro, pues tenía para su defensa el riachuelo de Voire, estrecho, pero profundo, cuyos puentes poseía y detrás del cual estaba seguro de encontrar un asilo aun cuando fuere atacado por muchas fuerzas.

Con efecto, á la mañana siguiente, el enemigo, cansado del combate de la víspera y habiéndose despertado un poco tarde, avanzó por un lado hacia el puente de Lesmont y por el otro hacia la altura de Perthes, y se quedó como en una especie de duda viendo al cuerpo de Marmont en batalla. Entretanto que se preguntaba dónde estaba el ejército francés, éste acababa de desfilarse á su lado por el puente de Lesmont, y el mismo Marmont, después de haber contribuido suficientemente á esa ilusión, se retiró pasando el Voire por Rosnay.

Sin embargo, Marmont fué seguido por el Voire por el mariscal de Wrede. Después de haber ocupado bastante tiempo la altura de Perthes sosteniéndose en ella, había atravesado el puente de Rosnay á la vista de los bávaros, y se había apresurado á destruirle; pero, estrechado de cerca, sólo había podido quitar el tablero del puente y había tenido que dejar los pilares que asomaban algunos pies fuera del agua. En tanto que formaba en batalla la poca tropa que le quedaba, distinguió más abajo de Rosnay varios destacamentos enemigos que intentaban pasar. Inmediatamente envió primero caballería para que se opusiera, y después, habiendo conocido que la caballería no bastaba y que unos dos ó tres mil hombres habían atravesado ya el río, acudió él en persona con algunos centenares de hombres, pues si no se interrumpía este paso, su cuerpo podía encontrarse cortado del Aube y de Napoleón, y por consiguiente rechazado hasta al centro de los cuerpos de Wittgenstein y de York, es decir, envuelto y copado. Al momento se precipitó, espada en mano, sobre el destacamento que había pasado el Voire por medio de algunas estacas y tablones, le atacó con energía y le rechazó hacia el río. Su caballería al ver esto dió una terrible carga y en un instante acuchillaron ó cogieron á unos mil hombres. Concluida esta hazaña más abajo de Rosnay, Marmont acudió al mismo punto en vista de otra tentativa casi semejante. Previendo que podrían tratar de pasar el puente medio destruido, había emboscado allí á un capitán de infantería muy inteligente con su com-

(1) El enemigo habló de dos mil á dos mil quinientos prisioneros; éstos eran heridos que abandonamos por no tener tiempo de recogerlos, y no prisioneros hechos en línea. (N. del A.)

pañía; éste había dejado pasar uno á uno por los estribos del puente sin tablones á un cierto número de hombres y después los había fusilado á quemarropa. Marmont llegó para concluir con ellos. De este modo un cuerpo francés de tres mil hombres, que era lo que le quedaba á Marmont separado de la división Ricard, contuvo todo un día un cuerpo de veinticinco mil bávaros y les mató ó cogió más de dos mil hombres.

Este doble combate fué un grande servicio, pues excitando en alto grado la confianza del ejército en sí mismo y haciendo que los aliados fuesen más prudentes, contribuyó mucho á entorpecer sus movimientos, lo que debía permitirnos multiplicar los nuestros, único recurso que nos quedaba en el reducido estado de nuestras fuerzas.

Habiendo Napoleón atravesado el Aube sin accidente alguno, pasó el día 2 en Pinay y en la mañana del 3 de febrero fué á establecerse en Troyes. Esta última batalla tan enérgicamente sostenida contra fuerzas tan superiores, á pesar de su gran mérito como acto militar, nos puso en un inmenso peligro. La coalición parecía haber reunido todas sus fuerzas entre Bar del Aube y Troyes, y si perseverara en marchar reunida hacia París, era dudoso que se pudiera contenerla, aun combatiendo hasta el último hombre. Después del combate del 29 de enero y 1.º de febrero todo lo que le quedaba á Napoleón eran veinticinco ó veintiséis mil combatientes. Mortier, á quien acababa de encontrar en Troyes, tendría unos quince mil y el general Hamelinaye cuatro mil, lo que elevaba el total de nuestras fuerzas disponibles á cuarenta y cinco mil hombres. Ahora bien: el príncipe de Schwartzemberg con Wittgenstein y Blücher contaba ciento sesenta mil, deduciendo las pérdidas de los dos últimos combates, y no era esto todo, pues Blücher iba á ser reforzado no solamente por York que llegaba de Metz, sino por Langerón pronto á marchar de Maguncia, y por Kleist que dejaría el bloqueo de Erfurt, debiendo ser reemplazados los tres por tropas organizadas á toda prisa en Alemania. No se sabía, pues, hasta dónde ascendería la masa de los aliados dentro de pocos días, y era posible que nos encontráramos cuarenta ó cincuenta mil combatientes contra doscientos mil, en cuyo caso ¿cuál podría ser nuestra defensa? Los soldados tenían siempre la misma confianza en Napoleón, aunque desertaban algunos jóvenes; pero los jefes que sobre el campo de batalla les daban el ejemplo del valor, los jefes que tenían bastante experiencia para descubrir el peligro de una situación casi desesperada, pero no bastante genio para distinguir los recursos que había contra ella, se mostraban completamente desanimados cuando no se batían. Todos estaban profundamente tristes y no se cuidaban de ocultarlo. Esta tristeza poco á poco se extendía á los inferiores, y el invierno con sus rigores y privaciones no era propio para disiparla. En el Franco Condado, en Alsacia y en Lorena, los habitantes, animados del mejor espíritu, habían fraternizado con el ejército. En Troyes y sus alrededores, donde el espíritu era otro, donde ya las cargas de la guerra se habían hecho sentir cruelmente, y donde reinaba una extremada irritación contra el gobierno, la acogida al ejército fué menos cordial, y deplorables pendencias entre soldados y paisanos añadían colores aflictivos al cuadro que tenían ante los ojos.

Napoleón, aunque dolorosamente afectado, no estaba abatido. Aún descubría recursos allí donde nadie lo pensaba, trataba de hacerlos distinguir á los demás y demostraba no serenidad ó alegría, pues esto hubiera sido una afectación en tales circunstancias, pero sí una tenacidad y una resolución invencibles é irritantes para aquellos que habrían querido verle más dispuesto á doblegarse á los acontecimientos. Nunca turbado ni confuso, ni menos desanimado, soportando las fatigas y las angustias con una fuerza superior á su salud; siempre en medio del fuego, con la vista serena, la voz vibrante é imperiosa, llevaba el peso de sus faltas con un vigor que las habría hecho perdonar si las grandes cualidades fueran una excusa suficiente de los males que se han causado al mundo.

Sin embargo, la confianza que manifestaba, aunque en parte fingida, no carecía de fundamento. Si no le quedaban más que cuarenta y cinco mil hombres, contando los que se había llevado de Brienne, la vieja guardia de Mortier y la pequeña división de Hamelinaye, esperaba de España quince mil soldados aguerridos, llegados ya en posta á Orleáns. Este refuerzo debía elevar sus fuerzas materialmente á sesenta mil hombres, pero moralmente á mucho más. El valiente Pajol, que con mil doscientos caballos y cinco ó seis mil guardias nacionales defendía los puentes del Sena y del Yonne, que había atrincherado, tales como Nogent del Sena, Bray, Montereau, Sens, Joigny y Auxerre, esperaba cuatro mil hombres de reserva de Burdeos. En París debía haber en pocos días dos divisiones de la joven guardia cuya organización iba á quedar terminada. Además se encontraban allí veinticuatro depósitos que se habían concentrado y con los cuales se podía, incorporando los quintos, formar veinticuatro batallones de quinientos á seiscientos hombres cada uno, lo que presentaría, contando las dos divisiones de la joven guardia, cuatro divisiones de infantería de más de veinte mil hombres. A mayor abundamiento, se podían equipar algunos miles de jinetes en Versalles y se podían disponer ochenta cañones en Vincennes. En suma, eran treinta mil soldados más, que dentro de ocho ó diez días elevarían á noventa mil hombres las fuerzas totales de Napoleón. Por último, á Montereau, á Meaux y á Soissons llegaban hombres valerosos que aprovechaban los cuadros de la guardia nacional para hacer útiles los servicios que ofrecían. No estaba todo perdido si se sabía conservar la sangre fría algunos días más. Por desgracia dos cosas faltaban en París, no los hombres, como hemos dicho ya, sino los fusiles y el dinero. En cuanto al dinero, cuando Mr. Mollién, apurado hasta lo sumo, no sabía dónde encontrar cien mil francos, una orden contra el tesoro de la lista civil los hacía salir de las Tullerías. Más difícil era hacerse con armas. Había, como ya hemos dicho, seis mil fusiles nuevos y treinta mil viejos que se gobernaban á toda prisa; pero el trabajo diario apenas daba abasto á las distribuciones, y la reserva de armas útiles para el servicio disminuía mucho. Los uniformes se confeccionaban con celeridad y llegaban los caballos. Napoleón escribía sin cesar á José y á Clarke, tratando de estimular la pereza del uno y de suplir la incapacidad del otro, y les trazaba punto por punto lo que debían hacer; todos los días daba noticias suyas á la emperatriz y al príncipe Cambaceres,